

31.13

LIC. JORGE MONTEMAYOR SALAZAR

APRECIACIONES DE NICOLAS BERDIAEFF
SOBRE EL SENTIDO DE LA HISTORIA



U A N

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

D16
.8
M6

Sobretiro de HUMANITAS, Número 20.

Universidad de Nuevo León, 1979.

D16

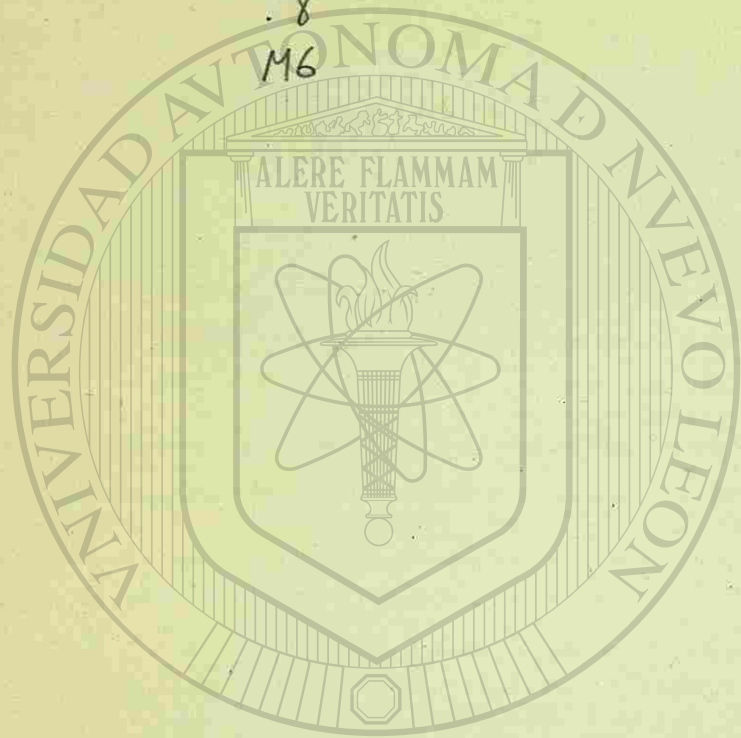
.8

M6



1020080844

D16
8
M6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



APRECIACIONES DE NICOLÁS BERDIAEFF SOBRE EL SENTIDO DE LA HISTORIA

LIC. JUR. LIC. PHIL. JORGE MONTEMAYOR SALAZAR
Secretario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad
Autónoma de Nuevo León.

ANTE LA PREGUNTA DE ¿Qué es lo histórico? Nicolás Berdiaeff, establece un esquema, integrado por tres períodos en la formación de "lo histórico", estableciendo relaciones de estos tres períodos con la conciencia de "lo histórico".

Primer período. Es el de permanencia completa e incondicional, íntegra y orgánicamente, en un régimen histórico estabilizado... Durante este período el pensamiento permanece estático y la razón humana no percibe bien la dinamicidad del objeto del conocimiento histórico.

Segundo período. Es el período de desdoblamiento y desintegración que llega a producirse siempre, ineludible y fatalmente. Llega cuando el régimen histórico estabilizado comienza a tambalearse... Entonces comienza el desdoblamiento o desintegración a que nos hemos referido: el sujeto consciente ya no se siente íntegramente sumido en el "objeto histórico" y nacen en él los sentimientos reflejos que deben de conducirlo a la concepción histórica.

Tercer período. Para llegar a concebir "lo histórico", es necesario que el sujeto consciente pase por un estado de oposición con respecto al objeto de esta conciencia. Para llegar al misterio de lo "histórico", es necesario pasar previamente por el misterio del desdoblamiento; pero es también necesario volver hacia los arcanos de la vida histórica, hacia su significado más hondo, ir a lo profundo del alma de la historia para llegar así a concebirla y poder fundar una verdadera filosofía de la historia... Esta época, es la época del regreso a "lo histórico".

En el siglo XVIII nació el término "Filosofía de la historia", por primera vez empleado por Voltaire.



Lo histórico no se puede considerar como una realidad de orden material, fisiológico o geográfico. Y tampoco puede descomponerse la realidad histórica en otras realidades de carácter psíquico. Lo histórico es algo específico, es una realidad de carácter especial, de orden especial, es como un escalón aparte en la existencia.

El conocimiento histórico no es posible fuera de la tradición. El reconocimiento de la tradición es una especie de apriorismo, es algo categóricamente absoluto en el conocimiento histórico.

Lo histórico es, precisamente, una forma concreta de la existencia, una forma íntegra.

La filosofía de la historia examina al hombre en toda la plenitud concreta de su esencia espiritual.

El destino humano puede alcanzarse únicamente gracias a este conocimiento concreto de la historicidad.

El hombre es un ser altamente histórico. El hombre se halla en lo histórico y lo histórico se halla en el hombre. Entre el hombre y lo histórico existe una relación tan estrecha, tan profunda y misteriosa, una reciprocidad tan concreta, que es imposible desunirlos. No es posible separar al hombre de la Historia y considerarlo de una manera abstracta, como tampoco es posible separar la Historia del hombre de un modo, por decirlo así, inhumano. Es imposible considerar al hombre separado de la profundísima realidad histórica... Lo histórico no puede examinarse como un mero fenómeno, como una exteriorización de este mundo que llegamos a conocer gracias a nuestros sentidos, oponiéndolo, como Kant, a la realidad noumenal, a la esencia misma de la existencia, a la quinta esencia de la realidad... lo histórico y la Historia no es un fenómeno solamente... lo histórico es un nómeno, siendo este concepto el fundamento más radical de la filosofía de la Historia. En lo histórico, en su sentido verdadero, aparece la esencia misma de la existencia, la esencia interna del Mundo. En lo histórico no es solamente la esencia interna espiritual del hombre lo que se manifiesta, no es su mera exteriorización. Lo histórico tiene un significado profundamente ontológico por su esencia misma y no es fenomenal. Lo histórico se adentra en lo más hondo de la existencia, en sus fundamentos mismos que, solamente así, llegamos a concebir. Lo histórico es, en cierto modo, una revelación de lo más profundo, de lo más esencial de la realidad universal. Es la revelación del destino universal y del destino humano como eje de aquel. Lo histórico es la revelación de la realidad noumenal. Podemos aproximarnos a lo noumenalmente histórico a través de la

reciprocidad concreta que existe entre el hombre y la Historia, entre el destino humano y la metafísica de los factores históricos. Para penetrar ese misterio de "lo histórico", debo concebir, previamente, lo histórico y la Historia como algo profundamente "mío", como una historia "mía", como un destino "mío", en lo más hondo de estos conceptos.

El proceso histórico debe concebirse no como algo ajeno al "yo", no como algo que oprime a este "yo" habiéndole sido como impuesto, no como algo que le obliga a rebelarse tanto en la realidad del "yo" como en su juicio. Este camino sólo nos conduce a la nada, a la inexistencia. El camino que debemos seguir y donde es verdaderamente posible formar una filosofía de la Historia, es el de una profunda compenetración entre el propio destino histórico del "yo" y el destino de la humanidad. En el destino de la Humanidad he de llegar a situar mi propio destino, como también he de reconocer en este destino mío un destino histórico. Únicamente así es posible compenetrarse con el misterio íntimo de "lo histórico" y alcanzar el profundo destino espiritual de la Humanidad.

El verdadero camino que debe seguir la filosofía de la Historia, es el de un establecimiento de la "identificación del hombre con la historia", identificando el destino humano con la metafísica de la Historia.

Llegamos al conocimiento histórico a través de la memoria histórica como a través de cierta actividad espiritual y llegamos a él, como a una determinada relación espiritual con "lo histórico", mediante el conocimiento histórico que resulta interiormente espiritualizado.

La memoria histórica como medio de conocer "lo histórico" está íntimamente ligada con la tradición histórica. La memoria histórica no puede existir fuera de la tradición histórica. La utilización abstracta de los documentos históricos nunca nos conducirá al conocimiento de "lo histórico". No nos identificaremos con "lo histórico". Además de los trabajos que realizamos con el material histórico y que son, desde luego, tan importantes como necesarios, debemos también adaptarnos a la tradición histórica que en tan estrecha unión se halla con la memoria histórica.

La tradición histórica es precisamente esa íntima memoria histórica, transportada al destino histórico. La filosofía de la Historia es una especie de espiritualización y de conversión del proceso histórico. La memoria declara, en cierto modo, la guerra sin cuartel que la eternidad sostiene contra el tiempo y la filosofía de la Historia atestigüa las grandes victorias de aquélla. La filosofía de

la Historia nos habla del triunfo de lo imperecedero. Es el monumento triunfal que testimonia la victoria del espíritu imperecedero sobre lo perecedero.

La verdadera filosofía de la Historia es la filosofía del triunfo de la vida verdadera sobre la muerte; es la identificación del hombre con otra realidad, infinitamente más amplia y fecunda que la realidad en que aquél se halla involuntariamente sumido. Si el individuo humano no pudiera asimilar la experiencia histórica sería verdaderamente un ser vacío, lamentable y perecedero. Pero el hombre, en su vida actual, y no solamente cuando se ocupa de la filosofía de la Historia, sino también en otras muchas manifestaciones espirituales de su vida, halla la verdadera realidad del gran Mundo histórico a través de la memoria histórica, a través de la tradición interna, gracias a la identificación íntima del destino de su espíritu individual con los destinos de la Historia. El hombre se identifica con otra realidad infinitamente más fértil; y así vence en sí lo perecedero y su propia insignificancia y ensancha su pobre y estrecho horizonte.

La Historia es un drama, un drama de múltiples actos, con un comienzo y con un fin, con su punto culminante. La Escatología se ocupa del fin de la Historia y de la resolución de la Historia Universal.

Sin una perspectiva finalista no es posible concebir el proceso histórico como algo provisto de movimiento. Un proceso sin fin, sin finalidad, ni significado escatológico no puede llamarse Historia. Sería algo sin sentido, sin contenido, algo insubstancial y absurdo.

El dramatismo del proceso histórico no se puede alcanzar sin admitir el concepto de la libertad. Sin libertad, nunca llegaríamos a concebir la tragedia histórica, porque esta tragedia tiene su origen precisamente en la libertad. Ella es la que determina la lucha dramática que contiene la Historia. El proceso histórico no existe para quien desconoce los principios de esa libertad.

El que tiene libre el espíritu, ya no siente la Historia como una simple imposición, sino que la siente como una especie de acontecimiento íntimo, como un acontecimiento que tiene lugar en su propia realidad espiritual, es decir, como una libertad propia.

Lo histórico carecerá de sentido y de finalidad únicamente para quienes no quieran admitir el destino del hombre en el proceso histórico y no vean en la Historia más que una simple imposición.

Hemos de admitir que son dos los elementos que coinciden o convergen en la Historia. Estos son dos "momentos" indispensables, puesto que sin ellos la Historia no podría existir. Me refiero —dice Berdiaeff— al momento de con-

cepción y al de conservación. El proceso histórico no es posible sin la conjunción de estos dos momentos primordiales. En el "momento conservativo" se verifica el contacto con el pasado espiritual. Es la "tradición interna íntima". Mas tampoco es posible la percepción histórica sin un determinado "momento dinámico creativo", sin esa continuidad creadora dirigida hacia la resolución de la Historia.

La filosofía de la Historia es el intento de concebir el proceso histórico. La filosofía de la Historia tiene un marcado carácter profético inverso, por así decirlo. Es un profetismo dirigido hacia el pasado, siendo lícita esta comparación, puesto que en la filosofía no nos ocupamos de hechos objetivos, sino que tratamos de penetrar proféticamente en el pasado, con lo cual penetramos también en el futuro, ya que en la historia metafísica el pasado se descubre en el futuro y éste a su vez se descubre en el pasado.

Hemos de percibir dinámicamente el pasado y el futuro; hemos de unir dinámicamente estos dos conceptos, ver en ellos una unión, una fusión espiritual estrechísima concreta.

El destino humano no es su destino en la Tierra únicamente, sino que también es su destino celestial. El hombre tiene un destino no solamente histórico sino también un destino metafísico, un destino divino. Su drama, no solamente es un drama humano, sino también es un drama divino.

La Metafísica de la Historia —la expuesta por Berdiaeff— no ha de presentarnos a la Historia como un objeto, como un mero objeto de nuestro conocimiento que siempre queda como tal, como uno de tantos objetos inanimados de nuestro material. La metafísica de la Historia, ha de llevarnos hacia su más honda esencia íntima, hacia su vida íntima, hacia su drama íntimo. La metafísica de la Historia ha de ser, pues, sujeto-objetiva.

Ya que la Historia es un proceso de tiempo, una sucesión de acontecimientos situados en el tiempo, el problema capital y punto de partida de cualquier filosofía de la Historia, es, indudablemente, la determinación del significado o índole de aquél.

Y aquí nos hallamos frente al problema de relacionar al tiempo con la Eternidad.

Existe, al parecer, una inconciliable oposición entre ésta y aquél, sin que nos sea posible establecer relación alguna entre estos dos conceptos. Por una parte, el tiempo es algo así como negación de la eternidad; un estado que carece de raíces en lo eterno. Mas, por otra, también podríamos pensar que el tiempo se halla estrechamente unido a la Eternidad.

Lo que nosotros llamamos tiempo, para nuestro proceso histórico universal, en nuestro Mundo real que es, en verdad, un proceso en el tiempo, es algo así como un período interno de la Eternidad, una época que transcurre en su seno. Esto significa que existe no solamente nuestro tiempo terrestre en nuestra realidad, sino también que hay otro, celeste y verdadero. Y este tiempo nuestro se halla profundamente arraigado en aquel otro que refleja y expresa.

Nuestro tiempo, nuestro Mundo, todo el proceso universal nuestro, desde su principio y hasta su fin, es una época, un período, un eón de la existencia eterna, es decir, un período o época hundida en lo más profundo de la Eternidad.

Para la formación de una metafísica de la historia acertada es imprescindible dejar bien sentado que "lo histórico" nos conduce hacia el concepto de Eternidad, que "lo histórico" posee hondísimas raíces en lo eterno. La Historia no es un desecho arrojado a la superficie del proceso universal y sin relación alguna con los fundamentos de la existencia. La Historia es necesaria a la Eternidad, es necesaria al drama que se desarrolla en lo eterno. La historia es nada menos que una profundísima reciprocidad entre la Eternidad y el tiempo, una continua irrupción de aquélla en éste.

Si la realidad histórica se halla imperiosamente unida al tiempo, si realmente se trata de un proceso que transcurre en el tiempo y este proceso temporal presupone, por su parte, un significado ontológico del tiempo, un significado esencial para la existencia, entonces hemos de preguntarnos: ¿Qué relación existe entre el pasado y el futuro?

El tiempo de nuestra realidad universal, es un tiempo roto, desmembrado. No es un tiempo "bueno", ya que contiene el Mal en forma de un principio de muerte. Es un tiempo fragmentado que se divide en pasado, presente y futuro. Cada parte del tiempo se subleva contra las otras.

El futuro se alza contra el pasado; el pasado lucha con el principio exterminador del futuro. El proceso histórico del tiempo es la lucha inacabable y dolorosamente trágica de estos fragmentos del tiempo. Y esta fragmentación es tan extraña y terrible, que su detenido análisis posiblemente nos llevaría a la desesperación: llegaríamos a la conclusión de que los tres momentos en que está dividido el tiempo son momentos fantasmales, porque no existen en realidad. No existe el pasado, ni el presente, ni el porvenir. El presente es tan sólo un instante infinitamente corto, cuando el pasado ya no existe y mientras el futuro aún no ha llegado, pero que en sí mismo es algo así como un punto abstracto e irreal.

Es fantasmal el pasado porque ya no existe y también es fantasmal el futuro porque aún no existe. El tiempo, pues, es como un hilo roto. El tiempo no existe. Esta absorción de una parte del tiempo por la otra, conduce al aniquilamiento de cualquier realidad; de cualquier existencia real en el tiempo. También vemos aparecer en éste un principio de Mal, un principio letal y aniquilador, puesto que la muerte del pasado que lleva en sí todo instante sucesivo, este hundimiento en la nada, en la inexistencia, tan propio de cuanto ocurre en el tiempo, es, en verdad, un principio de muerte. El futuro es el asesino de cualquier instante pasado. Nuestro tiempo, lleno de Mal, se divide en pasado y futuro y entre estas dos partes se halla un punto ficticio, indeterminado e irreal: el presente. El futuro devora el pasado y el futuro es el mal fundamental, el defecto capital del tiempo que domina nuestra realidad universal.

El tiempo que rige nuestra realidad universal, tan sólo aparentemente lleva principios de vida. En realidad, lleva en su seno la muerte, porque creando la vida sume al pasado en el abismo de la inexistencia; porque todo futuro debe transformarse en pasado, debe perecer en el torrente devorador del pasado y no existe futuro real y verdadero, capaz de contener a toda la existencia en su plenitud. No existe realidad alguna en que el tiempo bueno venza al falso e imperfecto, en que cese esa fragmentación trágica entre el pasado y el futuro y en que reine un solo tiempo, verdadero y eterno. Y precisamente un tiempo sin futuro ni pasado, que sólo contuviera un presente verdadero, sería un tiempo verdadero.

El reconocimiento de la verdad histórica es el reconocimiento de la verdad real de aquel fragmento de tiempo que pertenece al pasado, y de que todo el futuro se ha transformado ya en pasado.

La Metafísica de la Historia ha de reconocer la solidez de "lo histórico". Ha de reconocer que la verdad histórica, aquella verdad que para nosotros pertenece al pasado, es una verdad cierta, realmente existente, que no ha desaparecido, que no ha muerto, sino que ha pasado a formar parte de una especie de verdad eterna; la verdad histórica así considerada es un momento interno, un período interno de la verdad eterna y que nosotros referimos al pasado, a un pasado que somos incapaces de percibir, como percibimos el presente, en virtud de vivir en un tiempo defectuoso y fragmentado, cuya fragmentación misma no admite nada íntegro. Esta falta de percepción es, pues, como reflejo de la fragmentación de nuestro tiempo enfermo. Podemos vivir en un pasado histórico de igual modo como vivimos en un presente histórico y como esperamos vivir en un futuro histórico. Existe una vida integral que resume estos tres momentos temporales y que reúne el pasado, el presente y el futuro en

un todo único. Por eso la verdad histórica que pertenece al pasado no es una verdad irreal, sino que es tan real como la que transcurre en el momento presente y como la que ocurrirá en el futuro, que tampoco percibimos, aunque esperamos.

El pasado subsiste y perdura y nos parece que ha muerto porque nuestra existencia transcurre en un medio fragmentado, incompleto, porque no vivimos en un pasado íntegro, sino que nos hallamos separados de él, y vivimos en un presente hermético, situado entre el pasado y el futuro. Mas este pasado, precisamente, pertenece a la verdad eterna.

La memoria es un principio básico, en perpetua lucha con los principios letales del tiempo. Es la forma fundamental de la percepción en nuestro tiempo defectuoso de la realidad del pasado. En nuestro tiempo el pasado tan sólo subsiste a través de la memoria. La memoria, en su significado histórico, es la manifestación más genuina de los principios eternos en nuestra realidad, en nuestro tiempo. Ella es la que mantiene la coordinación histórica del tiempo. La memoria es el fundamento de la Historia. Sin la memoria, la Historia no podría existir, porque si ésta transcurriera en nuestro tiempo fragmentado, sería tan desesperante el abismo abierto entre el presente, el futuro y el pasado, que no tendríamos posibilidad alguna de percibir el proceso histórico. Cualquier conocimiento histórico no es otra cosa que un recuerdo, un triunfo de la memoria sobre el principio mortal del tiempo.

Gracias al recuerdo reconstruimos los hechos que se fueron, recomponemos el pasado que se ha ido, que ha muerto, como hundido en un tenebroso abismo. Por eso, la memoria siempre será el concepto ontológico fundamental sobre el que descansa todo lo histórico. La memoria contiene principios de paternidad, nos une a los que nos han engendrado, porque esta unión es la del presente y del futuro con el pasado.

El proceso histórico tiene un doble significado, porque siendo conservador, por una parte, es destructor por otra. El proceso histórico es una relación entre el pasado y el futuro y también es un rompimiento con el pasado; es conservador y revolucionario al mismo tiempo, por su naturaleza misma. Tan sólo la reciprocidad de estos principios engendra a la Historia.

El proceso histórico no estriba únicamente en la conservación de determinadas relaciones entre el presente, el pasado y el futuro, sino que también consiste en que el pasado se continúe en el futuro, en que, además de no empobrecernos en lo que se refiere a los incalculables tesoros del pasado, también nos enriquezca con lo que va forjándose en el porvenir.

La verdadera percepción histórica, es una determinación justa de la relación entre el pasado, el presente y el futuro.

El destino del hombre —para Berdiaeff— es el tema fundamental de la Metafísica de la Historia. La base del destino es la libertad.

El tema del destino histórico universal es el tema de la liberación del espíritu creador del hombre de los abismos de la necesidad natural; su liberación de esa dependencia, de esa esclavitud que sufre en el seno de los elementos naturales.

El concepto del progreso ocupa, indudablemente, el centro de la metafísica de la Historia.

El concepto del progreso presupone una finalidad del proceso histórico y nos descubre el sentido de su dependencia de esa finalidad. La idea del progreso presupone una finalidad histórica no inmanente, es decir, una finalidad situada fuera del proceso histórico y nos dirige hacia una finalidad extrahistórica, fuera del dominio del tiempo.

El concepto del progreso radica en los conceptos religiosomesiánicos. La teoría del progreso fue para muchos como una verdadera religión, es decir, que existió, como una religión del progreso especialmente durante el siglo XIX.

La teoría del progreso es, en primer lugar, una falsa divinización del futuro, a expensas del pasado y del presente. Es una divinización que no puede aprobarse desde el punto de vista moral, ni en el terreno científico y tampoco filosóficamente.

La teoría del progreso es, realmente una creencia religiosa, es una fe de carácter religioso, puesto que es una teoría que no puede cimentarse con ninguna ciencia positiva, ya que éstas pueden establecer la teoría de la evolución únicamente.

La doctrina del progreso supone que todos los problemas de la Historia Universal de la Humanidad serán resueltos en el futuro y que llegarán a un momento de la Historia humana en que se habrá alcanzado un estado perfecto, en que habrán desaparecido todas las contradicciones que hasta hoy día siguen saturando los destinos históricos de la Humanidad.

La idea positivista del progreso no es aceptable, ni religiosa ni moralmente, porque esa idea por su naturaleza misma es incapaz de acabar con los padecimientos de la vida, es incapaz de resolver las trágicas contradicciones y los grandes conflictos de la especie humana.

Hemos de considerar la Historia como un camino que nos ha de conducir a otro mundo y éste es su verdadero contenido religioso. Pero no es posible lograr ningún estado absoluto perfecto en el transcurso de la Historia, ya que ésta sólo puede resolverse más allá de sus propios límites. Esta es la deducción final que establece la Metafísica de la Historia. Este es el gran arcano del proceso histórico.

La historia tendrá un sentido positivo únicamente si llega a un término.

La Historia es un destino y como tal la hemos de comprender: como un destino profundamente trágico. Y este destino trágico, como cualquier tragedia ha de tener necesariamente un desenlace, puesto que toda tragedia ha de tenerlo.

La Historia no puede desenvolverse infinitamente. La Historia no sigue leyes inmutables, porque ante todo es un destino. El destino del hombre que hemos de seguir a través de todos los períodos históricos es insoluble en el transcurso del proceso histórico. La metafísica de la Historia nos indica precisamente, que todo cuanto es insoluble entre los límites históricos, ineludiblemente ha de resolverse más allá de la Historia.

Si la Historia sólo tuviera un significado inmanente, carecería, efectivamente, de sentido, porque todas las contradicciones fundamentales de la índole defectuosa de nuestro tiempo fragmentado nunca llegarían a desaparecer y todas las resoluciones serían unas soluciones ficticias, aparentes y falsas.

Esta metafísica de la Historia aparentemente pesimista, acaba con todas las ilusiones derivadas de una divinización del porvenir y derrumba todas las teorías progresistas. Pero, en cambio, afianza en nosotros la fe y la esperanza en una próxima resolución de la Historia con todos sus sufrimientos, descubriéndonos los horizontes de una realidad eterna y verdadera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOGRAFÍA

NICOLÁS, Berdiaeff, *El sentido de la historia*, Ensayo filosófico sobre los destinos de la humanidad, 2a. ed., S/T. Ed. Araluce, Barcelona, 1943, 281 pp.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

55818

JUAN L





U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS